

se sigue lo otro: esto es, de la confianza la paz: porque quien está muy confiado en Dios, no tiene que temer, ni que turbarse, pues tiene à Dios por valedor y proveedor.

Estas quatro cosas nos ayudarán à conservar esta paz; que es como un silencio interior del anima, donde estando calladas y quietas las passiones, duerme dulcemente aquel esposo celestial. Y el que sobre estas quatro columnas assentare esta virtud, tenga por cierto que la tiene bien fundada. Y por esto diximos que esta paz era fruto de justicia; porque assi como de todos los beneficios que se hazen à un arbol, procede el fruto dél: assi de todas las virtudes, y señaladamente destas quatro, resulta esta hermosissima paz y tranquilidad del anima: que es (como diximos) lugar proprio de Dios, y una como imagen de aquella eterna felicidad. Y por esto señaladamente se cuenta entre aquellas ocho bienaventuranzas del Evangelio, donde se dice: (a) Bienaventurados los pacíficos: porque ellos serán llamados hijos de Dios. Donde por pacíficos no solamente se entienden los que tienen paz con sus proximos: sino mucho mas los que la tienen con Dios, y consigo mesmos, quando rendidas y domadas las passiones reyna Dios pacificamente y sin contradición en nuestras animas. Por dó parece que assi como dicen los medicos, que de la templanza y proporcion de las quatro primeras qualidades resulta la sanidad del cuerpo humano: assi de la moderacion y templanza de las passiones de nuestra anima resulta esta hermosissima paz.

(a) *Matr. 5.*

De la virtud de la humildad.

Aunque este libro principalmente trata del amor de Dios, no se puede dexar de tocar en otras virtudes que señaladamente ayudan à alcanzar este amor. Entre las quales no tiene el postrer lugar la humildad, que es fundamento de todas las virtudes, y aparejo para recibir todas las gracias. Lo qual nos enseñan todas las Escrituras, assi del viejo como del nuevo testamento, que prometen estas gracias, unas vezes à los humildes; otras à los pequeñuelos, otras à los pobres de espiritu (llamando por estos y por otros tales nombres à los verdaderos humildes) diciendo (b) que Dios resiste à los soberbios, y que à los humildes dá su gracia. La razon desto es, porque el verdadero humilde quanto mas se conoce, tanto mas se encoge, y se humilla, y desconfia de sí; y de aqui toma motivo para poner toda su confianza en Dios: con lo qual se dispone y da lugar para que obre en él. Y por la mesma razon se dice que la humildad es fundamento de todas las virtudes, y de todo el edificio espiritual: porque para fundar bien una casa es necessario abrir primero los cimientos, y echar fuera todo lo movedizo, hasta llegar à lo firme, para edificar sobre ello. Pues esto pertenece à la humildad; la qual echa fuera todo lo movedizo (que es la flaqueza de las fuerzas humanas) y funda sobre Dios, que es la piedra firme sobre la qual está seguro el edificio. Digo esto, porque algunos ay que descaendo aprovechar en el camino de las virtudes, tacitamente y quasi sin sentirlo, presumen y confian en sí mesmos: unos en la delicadeza de su ingenio, otros en su buena condicion, otros en sus letras, y sabiduria, otros

(b) *Luc. 4.*

en su buen natural, otros en su casta y nobleza, otros en los maestros con que han aprendido, otros en la buena compañía con que han tratado, y otros en la buena criacion que han tenido: pareciendoles que estas cosas los harán mas excellentes en el estudio de la virtud, que los otros que destas partes carecen: verdad es que todas estas cosas cada qual en su manera, ayudan à la virtud; mas sin la gracia todo esto es humo. Por donde los que por estas cosas presumen de sí mas que los otros, y se prometen mayores cosas que ellos, sepan que edifican sobre arena; porque todo esto es movedizo, y en comparacion de la divina gracia es como nada. Y por tanto quien quiere que su edificio sea firme, no confie en esto movedizo, sino funde sobre solo Dios, que es aquella piedra angular que dice el Apostol, (a) sobre quien se funda este espiritual edificio. Lo qual pertenece à las virtudes de la humildad, y de la confianza: la una de las quales desconfia de sí, y la otra confia en Dios: y assi una y otra fundan este edificio, y dan lugar à Dios para que more y obre en él.

Y para que mejor esto se entienda, es de saber que por parte de Dios no tienen limite sus gracias y misericordias: porque assi como él es infinitamente bueno, assi es infinitamente dádivo y comunicativo de sí mesmo y de sus cosas. Y si en este grado no se comunica, no es por falta suya, sino del vaso que no es capaz de mas. De manera que su misericordia es como aquel olio de la viuda del Propeta Heliseo: (b) el qual nunca dexó de correr, sino porque faltaron los vasos en que lo recibir.

Pues tal es el olio de la divina misericordia; que por sí no se limita, sino por parte del sujeto à quien se comunica: el qual quanto mayor lu-

(a) *Ephés. 2.*

gar apareja para este sagrado olio, mayor cantidad recibirá. Y si me preguntáres con qué se apareja este lugar, respondo que con todas las virtudes; mas especialmente con estas que decimos: que son la humildad y confianza: porque con la una se vacia el hombre de sí mesmo, desconfiando de sí; y con la otra atrae à sí à Dios, confiando en él: y desta manera la una y la otra le hazen la cama, y aparejan este lugar.

Del primer grado de la humildad.

Pues para alcanzar perfectamente la primera destas dos virtudes, que es la humildad, es necessario alcanzar todos los grados della. Los quales aunque diversos Doctores pongan de diversas maneras, pero aqui señalarémos seis muy principales. Entre los quales el primero es conocer el hombre que todo lo bueno que ay en él (si algo ay) es de Dios. Porque assi como todos los bienes de naturaleza que tenemos son suyos, assi tambien lo son los de gracia, y tanto mas estos, quanto son mayores. Por donde assi como nadie puede dár un passo, ni hazer una obra natural sin el concurso de la primera causa, que es Dios: assi tampoco puede hazer obra sobrenatural (que es obra de gracia) sin que obre juntamente con él la primera causa sobrenatural, que es el mesmo Dios. De donde se infiere que: assi todo lo gratuito como lo natural se ha de referir à su mesma fuente; que es Dios, de quien todo bien procede: y mucho mas lo que es mayor bien. Por donde se ve claro, quàn locos son los que atribuyendo à Dios las obras de naturaleza, atribuyen à sí las obras de la gracia; siendo estas sin comparacion mas excellentes: tomando para sí lo que es mas, y dexando à Dios lo menos.

Entienda pues el hombre que assi

(b) *Reg. 4.*

como no puede decir: Este cabello es mio, porque yo lo hize sin Dios: assi tampoco puede decir: Esta buena obra es mia, porque yo la hize sin él. Esto nos enseña el Maestro del cielo por una muy propia comparacion, diciendo: (a) Assi como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo sino está unido con la vid; assi nadie puede hazer obra meritoria por sí mismo, si no estuviere unido conmigo: porque sin mí ninguna cosa podeis hazer. Es tambien doctrina muchas vezes repetida de Sant Pablo: el qual dice en sus Epistolas (b) que ni obrar, ni hablar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar podemos cosa que sirva para nuestra salvacion, sin Dios: de quien toda nuestra suficiencia procede. Por tanto, hermano mio, todas quantas vezes en tí sintieres qualquier buen deseo, qualquier buen proposito, qualquier gemido, ó pensamiento bueno, tén por cierto que esto procede de un especial tocamiento de Dios, que te quiere salvar, y te mueve a bien obrar: y assi lo debes reconocer y agradecer a cuyo es. Y no se contente el verdadero humilde con tener este conocimiento especulativo; sino conviene que esté tan resuelto en esta verdad; como si la viese con los ojos, y palpase con las manos. Este primer grado de humildad (entre otros provechos) haze al hombre por una parte agradecido, y por otra devoto; lo primero por lo que ha recibido; y lo segundo por lo que vé que falta. Y ármalo tambien contra el espíritu de la vanagloria y de las alabanzas humanas, de tal manera que muchas vezes quando las oye, no le parece que habla con él, sino con otro: a quien aquellas alabanzas pertenescen; que es Dios.

(a) Joan. 15. (b) 1. Cor. 13.

El segundo grado de humildad es conocer el hombre que esso que tiene de Dios (si algo tiene) no lo ganó por sola su lanza, sino por la gracia y misericordia divina. Porque algunos ay que fundados en el primer grado ya dicho, reconocen que lo que tienen es de Dios; pero dentro de sí tienen una tacita persuasion; con la qual creen que todo esso alcanzaron por sus trabajos y merecimientos: como sea verdad que esos mismos merecimientos no menos sean gracia de Dios que lo que por ellos se alcanza: pues está ya dicho que ni un solo pensamiento ni deseo bueno podemos tener que no sea de Dios. Y además desto, esse mesmo valor y merecimiento de nuestras obras no le tienen ellas de sí, sino de la gracia con que se hazen: la qual tambien es dádiva de Dios. Porque assi como el valor que tiene la moneda, no lo tiene de suyo, sino del cuño con que se labra: assi el mérito de nuestras obras no nasce de sola la substancia dellas, sino de la divina gracia, que les dá esse valor: y assi quando por ellas se nos dá algo, siempre se dá una gracia por otra gracia: assi como si un amigo ó diesso cien ducados, y despues os diesso un cavallo por ellos, esto seria juntamente compra y gracia: lo uno por lo que vos dais, y lo otro por lo que os dán. Y ambas cosas significó el Propheta Isaiás, quando dixo: (a) Venid, y comprad sin dinero, y sin alguna otra mercaderia, feche y vino: que son manjar de principiantes y de perfectos. En las quales palabras mandandonos comprar, significó nuestra industria; y excluyendo el dinero y la mercaderia, manifestó la gracia. Lo qual todo nos declara, como no tie-

(c) Isai. 55.

tiene el hombre en sí de que se gloriarse, pareciendole que por sí tiene lo que tiene: antes debe con mucha razon pensar que de sí tiene infinitos peccados con que ha merecido otros tantos infierros: y esto es de su cosecha. Todo lo demás, si algo es, ageno es, y dado de gracia: pues el mesmo merecimiento tambien es gracia.

§. III. De este grado de humildad.

As no bastan estas dos cosas para que uno sea verdadero humilde. Porque muchos ay que conociendo que todo lo bueno es de Dios, y dado por gracia; todavia piensan que tienen mas de lo que tienen, ó que tienen mas que sus vezinos; pareciendoles que en sola su casa amanescen, y no en las de los otros: creyendo que están mas desengañados que los otros, ó tienen mas luz, mas espíritu, mas discrecion, y mas virtud que ellos: y finalmente están muy llenos de sí mesmos y de su propia estimacion. Y esto algunas vezes les haze creer el enemigo tan de callada, y por una mina tan secreta, que muchas vezes los mesmos que padescen el engaño no lo entienden, antes les parece lo contrario.

En este grado de soberbia estaba aquel Phariseo del Evangelio; (a) el qual daba gracias a Dios porque no era él como los otros hombres. Porque en decir que daba gracias a Dios, parece que reconocia ser de Dios todo lo que avia recibido; lo qual pertenece al primer grado de la humildad: mas faltaba el tercero: pues creía de sí que tenia lo que no tenia, y que era por esto mejor que todos los otros. Y en el mesmo engaño estaba aquel miserable a quien mandó Dios decir en el Apocalypsi: (b) Dices que eres rico, y que de nada tienes necesidad: y

Tom. III.

no entiendes que eres miserable, pobre, ciego, y desnudo. Tales son por cierto los que presumen de sí, y piensan que son algo: porque por el mesmo caso que esto piensan, merecen ser desposeídos de todo: pues ningun argumento ay más cierto para creer que uno es nada, que pensar de sí que es algo. Pues para remedio desto se añade el tercer grado de humildad, al qual pertenece que teniendo el hombre los ojos abiertos para ver las virtudes ajenas, sea ciego para ver las suyas: y assi viva siempre con un sancto temor, con el qual están ellas mas seguras. Porque aunque la hacienda temporal esté mas segura, quanto en mas la estimas y conoeces: mas la espiritual por el contrario, tanto está mejor guardada, quanto es menos conocida.

Y por esta mesma causa muchas vezes este mesmo Señor permite que los suyos padezcan grandes y viles tentaciones del enemigo; porque con esta manera de lastre camina el navio mas seguro. Por lo qual permite que tengan dentro de sí muchas cosas que mirar, con que deshagan la rueda de la vanidad.

§. IV. De este grado de humildad.

Este grado se añade el quarto: (a) Porque no basta que el hombre conozca quán pobre está de los verdaderos bienes, sino es necesario que conozca tambien quán abastado está de verdaderos males; esto es, quán lleno de amor proprio, de propria voluntad, y de su proprio parecer: quán vivas tiene todavía sus passiones: y quán enteras sus malas inclinaciones; y quán inconstante es en los buenos propósitos, y quán fácil en la lengua, quán descuidado en la guarda del corazon, y quán amigo de su interésse proprio; y de cumplir sus appetitos; y assi otras cosas.

Rr

SAS

(a) Luc. 18. (b) Apoc. 3.

sas desta qualidad. Conocer esto es la mas alta ciencia de quantas ay en el mundo y de mayor provecho: porque las otras ciencias (como dice el Apostol.) (a) envanecen; mas sola esta humilla. Verdad es que no basta para este conocimiento solo nuestro exercicio; sino es tambien necessaria lumbre del cielo, para que no impida la vista de nosotros mismos la niebla del amor proprio, que es muy ciego juez de quien lo tiene. Porque si es sospechoso por las leyes el juez amigo de la parte; cuánto mas lo será el hombre en su propia causa, siendo tan amigo de sí mesmo? Pues por esto debe pedir à Dios esta luz, y pedirla con la instancia que la pedia el humilde Sant Francisco: el qual repetía muchas vezes estas palabras en la oracion: Dios mio, conozcate à tí, y conozcame à mí.

§. V.

Del quinto grado de la humildad.

Y No se contente con tenerse por tan pobre y tan peccador; mas no descansa hasta tenerse por el mas vil de todos los peccadores: que es otro grado mas adelante: porque (como dice un Doctor) ninguna cosa te perjudicará ponerte debaxo de los pies de todos; y puede hazerte daño anteponerse à solo uno. Para lo qual no veo otro mejor medio que el que usaba este mesmo sancto: el qual como se reputasse en su corazon y en sus palabras por el mayor de todos los peccadores, preguntado cómo podia él sustentar la verdad desta opinion, respondió que verdaderamente conocia que si Dios levantasse su mano del, sería el peor de todos los hombres; y si por el contrario la dicesse al mayor de todos los peccadores, como la dió à él, sería mejor que él. Y para este grado ayuda mucho considerar el hombre la muche-

dumbre de los beneficios que de nuestro Señor ha recebido, y de los aparesos que tiene para servirle; y juzgar de sí que no responde à lo uno ni à lo otro, ni emplea como debe los talentos y ayudas que este Señor le dió para acrescentar el caudal de las virtudes. Porque esta es una de las consideraciones con que mas se humillan los grandes sanctos: conociendo que no solo les han de pedir cuenta de los peccados cometidos, sino tambien de los beneficios recebidos, si fueron mal empleados.

Y para lo mesmo ayuda tambien considerar las virtudes excellentes, y la pureza de vida de los sanctos que agora están en el cielo, y de algunos grandes siervos del Dios que viven en la tierra: porque mientras el mundo fuere mundo, nunca han de faltar en la Iglesia personas en quien more y obre el Spiritu Sancto: y con la comparacion de la pureza destes humillarse y encogerse, viendo cuán lexos está de llegar à este grado de virtud y simplicidad. La qual consideracion tanto mas le aprovechará, quanto mas estimare las virtudes ajenas y despreciare las suyas. Lo qual hazia el Bienaventurado Sant. Bernardo: de quien se escribe (b) que siendo grande en los ojos de todos los otros, en solos los suyos era vil.

§. VI.

Del sexto grado de la humildad.

Todos estos grados pertenescen à la humildad interior del corazon: à los quales se debe añadir el sexto, que es de la humildad exterior: la qual ha de proceder de la interior. Porque la verdadera humildad del corazon, no solo es conocimiento de sí mesmo, sino desprecio de sí mesmo: y à este desprecio pertenesce que tal se muestre el hombre por de fuera, qual se estima de dentro: quiero decir, que assi como se desprecia

interiormente en sus mesmos ojos, y se tiene por indigno de toda honra: assi sea el tratamiento, el hábito, el servicio, el aparato, y la compañía, y todo lo demás que diga con esto. Desprecie los vanos titulos, assiente-se (como el Señor dice) (a) en el lugar más baxo: no se desprecie de tratar con humildes; huelgue con los officios humildes acordandose que el Hijo de Dios vino à este mundo à servir, y no à ser servido; y que la ultima manda que nos dexó en su testamento al tiempo de la despedida, (b) fue lavar los pies unos à otros: y que procure en este mundo ser menor el que quisiere en su Reyno ser mayor. (c) Mas todo esto se entiende conforme à las reglas de discrecion y prudencia, guardado el decoro que se debe à la dignidad de la persona, y la autoridad del officio: cumpliendo siempre con todo esto, inclinandose más à la humildad y baxeza, que à la alteza; por ser esto mas seguro y mas contrario à la vanidad de nuestro corazon. Este postrer grado de la humildad exterior, aunque nasce de la interior (como diximos) todavia acrescenta essa mesma fuente de donde nasce: y assi la una cosa se ayuda à la otra. Por lo qual dice Sant. Bernardo (d) que la humilacion es camino y medio para la humildad, como la paciencia para la paz. Por tanto si quieres (dice él) alcanzar la humildad, no huyas de los exercicios de la humilacion: porque si no te quieres abaxar y humillar, no alcanzarás la virtud de la humildad. Y aunque este abatimiento sea de gran precio en todo genero de personas, però mucho más lo es en las altas y generosas. Por lo qual dixo Sant. Bernardo: (e) Puesto el hombre en lugar alto, no tener pensamientos altos, sino conversar con los humildes, cosa es muy agradable

Tom. III. cap. 20. §. 12. n. 9.

(a) Luc. 14. (b) Joan. 13. (c) Math. 23. (d) Bern. Epist. 87. prop. finem. (e) Bern. super Cant. serm. 13. paulo ante med. (f) Aug. in Psal. 30. prop. finem. (g) Isai. 66. (h) Bern. serm. 16. sup. Cant. non longè à fine.

à Dios y à los hombres. Esta es pues la Philosophia y la policia de la escuela y republica de Christo: que es contraria à los nortes y Philosophia del mundo.

De los efectos que causa en el alma verdadera humildad.

Pues por estos seis grados subiremos al throno del verdadero Salomón; que es la virtud de la humildad, donde está assentado este Rey pacifico, como Sant. Augustin lo significó por estas palabras: (f) Notad hermanos este gran milagro: Alto es Dios, y si te levantas huye de tí: y si te humillas, viene à tí. Pero muy mas claro testimonio es el del Profeta Isaias; (g) que despues de engrandescida la casa de la eternidad donde mora Dios, le dá otra casa muy pequeña, que es el corazon del humilde. Porque el que esta virtud tiene, yá tiene la silla aparejada para Dios, y para todas las virtudes. Este tal no será amigo de su proprio parecer, no será porfiado ni intratable: siempre juzgará y condenará à sí mesmo, y no los hechos de sus proximos: porque la verdadera humildad no vé los defectos ajenos, sino los suyos. El verdadero humilde siempre desea ser despreciado, y (como dice Sant. Bernardo) (h) no quiere parecer humilde, sino vil. A todos se subiecta, à todos obedescé, à todos honra: à nadie reprehende indebidamente, no se aira, no usa de palabras, ni de movimientos, ni de gestos que tengan imagen de hypocresia: no escudriña con curiosidad los secretos de Dios, no desea vér señales ni pruebas de su bondad: no es doblado ni malicioso: no confia en sí ni en sus obras, por buenas que parezcan; sino toda su esperanza pone en Dios. Las palabras, los me-
nós, y el aspecto del verdadero humilde

Bern. Epist. 87. prop. finem. (e) Bern. super Cant. serm. 13. paulo ante med. (f) Aug. in Psal. 30. prop. finem. (g) Isai. 66. (h) Bern. serm. 16. sup. Cant. non longè à fine.

(a) 1. Cor. 8. (b) In equitatis.

milde es manso, devoto, dulce, benigno, y gracioso. Todas estas virtudes y frutos trae consigo la verdadera humildad, que para todas las cosas aprovecha. O poderosa virtud que assi levantas à los caídos, y enriqueces los pobres, curas los enfermos, y alumbras los ciegos! Tú hazes que conversando el hombre en la tierra, sea poseedor del cielo: y del abysmo de los peccados le pones en las puertas del paraíso. El deseo que el Señor tuvo de que fuésemos sus amadores, le traxo del cielo à la tierra, y del seno del Padre à las entrañas de la Madre, y ponerlo en un estrecho pesebre, y despues en una Cruz. Entonces pudo hazer de Dios hombre; y agora puede hazer del hombre Dios.

Pues esta tan fructuosa virtud no es ménos debida à Dios que la charidad: porque assi como la charidad se debe à Dios por razon de su infinita bondad: assi tambien la humildad y reverencia por su infinita magestad. La una de las cuales pide que le amemos con infinito amor (si esto nos fuesse possible) y la otra que le honrémos y nos humillémos ante él con infinita reverencia. Mas porque esto no cabe en nosotros, à lo ménos conviene que nos derribémos en el mas profundo abysmo que nos sea possible ante su divina Magestad.

CAPITULO XVI.

Siguiese un muy devoto exercicio del conocimiento y desprecio de sí mismo.

Como la humildad y charidad sean tanta parte en el edificio espiritual de las virtudes (la una de las cuales es como fundamento, y la otra como la cumbre deste edificio) estas principalmente debe el siervo de Dios procurar. Por donde assi como para alcanzar la virtud de la charidad ponemos adelanté sus consideraciones y

oraciones, que nos enciendan en amor de nuestro Criador: assi tambien será razon usar aqui de los mismos medios, para movernos al desprecio de nosotros mesmos, en el qual consiste la humildad. Este exercicio, para que fuesse mas bien recebido y estimado, tomé del Bienaventurado Sant Bernardo, (a) gran maestro de la vida espiritual; el qual tratando esta materia dice assi:

Muchas son las ciencias inventadas por los hombres; mas ninguna es mas fructuosa que el conocimiento de sí mismo. Porque mas cierto camino es para conocer à Dios el humilde conocimiento de sí mismo, que el profundo exercicio de todas las ciencias. Y en otro lugar, prosiguiendo mas à la larga esta materia, dice assi: (b) Aquel solo está dispuesto para gustar el sabor de la dulcedumbre espiritual, y el silencio de la quietud interior, y la gracia de la dulce contemplacion, que mucho tiempo se ha exercitado en el conocimiento de sí mismo. Porque en vano levanta los ojos del corazon para vér à Dios, el que aun no está dispuesto para ver à sí. Porque primero es necessario que conozcas las cosas invisibles de tu espíritu; que subas à conocer las invisibles de Dios. Y sino puedes conocer à tí, no presumas alcanzar lo que está sobre tí. Porque el mas conveniente espejo que ay para ver à Dios es el anima racional, despues de aver halladose à sí. Porque si las cosas invisibles de Dios se conocen por sus criaturas: cuánto mejor se conocerán por su propia imagen, si estuviere pura y limpia? Por tanto, hermano, alimpia esse espejo tuyo si quieres ver al Señor tuyo. Por lo qual el verdadero penitente jamás cessa de mirar, y alimpiar, y tener, y guardar este espejo, como es razon. Primeramente miralo, para vér en sí si ay alguna cosa en él que desagrede à los ojos de Dios: porque

ninguna offensa por pequeña que sea le parezca tolerable, ora sea en obras, ò en palabras, ò pensamiento: y lo que assi halla, luego lo limpia con dolor y compuncion. Y despues desto trabaja por tenerlo derecho, porque no se le incline àzia la tierra por amor, y se le ensucie con el polvo de los vanos pensamientos. Y esto hecho, guardalo; para que quando aquel cuyos deleytes son con los hijos de los hombres llamare à la puerta, y quisiere entrar, halle la casa aparejada y limpia.

Y mas abaxo en el mesmo libro dice assi: (a) Alimpiado pues y mirado muy bien este espejo, comienza à resplandescer en el anima una claridad de la divina lumbre, y à descubrirse un maravilloso rayo de una desacostumbrada luz, con cuya vista inflamado el hombre, comienza con ojos claros à ver las cosas soberanas y eternas, y allegarse à Dios, y à mirar todas las cosas que son, como si no fuesen: y à renunciar todas sus affecciones, y emplearse todo en solo el amor de su Criador. Mas à tanta gloria no llega el anima por sola su industria; sino por la gracia y misericordia de Dios. Mas con todo esto es cierto que tal gracia recibe el que dexando los cuidados del siglo toma cuidado de sí mesmo, y trabaja muy à menudo por pensar en sí, y conocer lo que es: considerando y examinando diligentemente, de dónde viene, y adónde vá, cómo vive, qué haze, qué dexa de hazer, quanto cada dia aprovecha, ò desaprovecha, qué pensamientos le molestan mas, qué afficiones mas le fatigan, y que genero de tentaciones mas fuertemente le combaten. Pnes deste conocimiento de quién eres, y quién avias de ser, subirás à la contemplacion de Dios. Y quanto aprovecharás mas en este conocimiento, tanto subirás mas alto. Hasta aqui son palabras de Sant Bernardo. Y pues por ellas

avemos visto ya el fructo deste exercicio, veamos agora de la manera que se debe hazer: presuponiedo primero este general aviso, que guardandonos de las blasphemias de los hereges, que nos quitan el libre alvedrio, y dicen que todo quanto hazemos es peccado (que son grandes blasphemias) todo quanto sea possible nos humillemos, y despreciemos: porque aun con todo esso no llegaremos à lo profundo de nuestra miseria. Porque pues el hombre no tiene de su cosecha mas que nada, y peccado; quién podrá tanto humillarse, que se abaxe tanto quanto estos dos titulos merecen? Esta manera de exámen y exercicio plática divinamente el mesmo Sant Bernardo en el mesmo lugar, donde dice assi: (b) Ay de mí, que me turba la ira, que me despedaza la invidia, que me evanescen la soberbia. No guardé los mandamientos de mis mayores, sino antes me hize juez dellos: y siendo reprehendido de mis culpas, fuí rebelde, ò mormuré de quien me reprehendia. Descé desvergonzadamente ser preferido à los mejores que yo: escarnescí de la simplicidad de los espirituales hermanos, y engrandescí mis opiniones y pareceres porfiadamente. No guardé reverencia en mis servicios, ni templanza en mis palabras. Tuve pertinacia en mi intencion, dureza en mi corazon, jactancia en mi determinacion. Fuí inconstante en mis determinaciones, liviano en la lengua, mordedor en los donayres, perezoso para lo bueno, duro para el servicio, prompto y lisonjero para hablar, fastidioso para oír, y presumptuoso para enseñar. Si me tocan con una liviana injuria, luego ardo, y me desassossiego con pensamientos, peléo con los ausentes, y dentro de mí mesmo les digo injurias: y lo que peor es, que aunque nadie me contradiga, yo estoy soñando peleas, y pienso que me puede reprehender aquel

(a) Bernar. de interiori domo cap. 29. (b) Ipsius libri cap. 12. 13. 14.

(a) Cap. ut supra. (b) Bernar. ubi supra. c. 35.

de el otro, y buscó que le responda, y como me venga de él: y assi estoy peleando con las sombras. Muchas veces comí y bebí, no para servir à la necesidad, sino para satisfacer al deleyte, y lo que para la necesidad bastaba, no bastaba para el deleyte: y só color de necesidad caí en el lazo del appetito. Muchas vezes pensé en el comer y en el beber quando no debía, y donde no debía, y assi me acaesció que en el día del ayuno comia con el deseo y pensamiento. Mas facilmente pongo los ojos en los vicios de los otros, que en sus virtudes; y mirando los defectos agenos, no veo los míos. Para mis culpas soy piadoso, y para las agenas severo. Para hazer injurias soy fuerte, y para sufrirlas flaco. Para obedecer perezoso, y para molestar à los otros importuno.

Pues qué diré de mi lengua? Esta parte de mi cuerpo me ha hecho mas mal que todas las otras. Casi cada vez que hablo, miento: porque nunca refiero los dichos de hechos que ví, o oí, de la manera que los oí: sino unas cosas digo por otras, y muchas pongo de mi casa: alabo mucho, y vitupero mucho.

Mas sobre todo esto, qué esperanza podré tener de la emienda, pues aý peccó donde me llevo à buscar el remedio de mis peccados? Porque delante del altar estoy con el reverencia, y en el choiró con el cuerpo, y fuera dél con el espíritu: y muchas vezes con las buenas obras que hago, me empeóro: porque tomando demasiado contentamiento dellas, vanamente me aseguro.

Pues ay de mí, que cayendo en estas y otras muchas culpas, assi cómo, y bebo, y duermo seguro, como si ya viesse passado el día de la muerte, y escapado del juicio, y de los tormentos del infierno; y assi juego, y río, y huelgo, como si ya estuviesse triumphando en el reyno del cielo. Pesame porque

assi he vivido; porque mas quisiera aver nascido, que ser tal qual veó que soy. Tengo verguenza de vivir, por lo poco que aprovecho; y temo de morir, porque no estoy aparejado. Pero mas quiero morir, y encomendarme à la misericordia de Dios (pues es benigno y misericordioso) que escandalizar à nadie con mi mala conversacion. Ciertamente bien pudiera, Señor, desesperar, si tu palabra no se hiziera carne, y morara con nosotros: mas yá no oso desesperar, porque este Señor te fue obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz: y enclavando allí el proceso de nuestros peccados, crucificó la muerte y el peccado. Hasta aqui son palabras y consideraciones de Sant Bernar-do: con las cuales no solamente nos enseña de la manera que nos avemos de conocer y examinar nuestra vida; sino tambien nos dá exemplo y motivo para nos humillar. Porque pues un tan grande sancto desta manera se acusaba y reprehendia; qué será razon hagamos nosotros, que tan lexos estamos desta tan gran pureza y sanctidad? Mas no basta nuestra diligencia para alcanzar esta virtud; si no les ayudada con el favor de la divina gracia: la qual debemos siempre pedir al Señor con ardientes deseos: y para esto podrá servir la siguiente oracion.

CAPITULO XVII.

Oración para pedir à nuestro Señor la virtud de la humildad.

Señor mio, quién sois vos, y quién soy yo? Vos sois Dios grande, Señor del cielo y de la tierra, Dios de los dióses, Rey de los reyes, y Señor de los señores. Yo soy gusano y no hombre, oprobrio de los hombres, y desecho del mundo. (a) Vos sois summa bondad, summa dulzura, summa hermosura: vos gloria de los sanctos, thesoro

riquissimo, verdadera luz, clarissimo resplandor, fuente de vida, vida de nuestras animas, lumbrá del cielo, y lumbrá del mundo. Mas yo soy abysmo tenebroso, tierra miserable, hijo de ira, vaso de injurias, engendrado en peccados, y nascido en miserias. Yo soy muladar sucio, lleno de hedór y de corrupcion, enfermo, ciego, cojo, sordo, mudo, pobre para todas las cosas buenas, y lleno de mil miserias. Mi principio fue peccado, y mi fin será muerte: la qual me vino por el peccado. O Señor mio, qué soy yo; sino sombra de muerte, y todo vanidad, pozo de inmundicias, tierra estéril y maldita, cuyo fruto es abrojos, y espinas, y confusión? Pues O Dios de misericordia, ténd piedad desta pobre anima, que quanto es de su parte es pura nada, y menos que nada por razon del peccado; y piélagos de vanos deseos, fuente de culpas; por las cuales si viesse de ser justamente castigado segun la muchedumbre y grandeza dellas, avia de recibir tanta pena, quanto vos, Señor, tepeis de Magestad y grandeza; pues tan grande es la culpa, quanta es la Magestad offendida. Peccado hé, Señor, (a) sobre el numero de las arenas de la mar, y no merezco levantar los ojos al cielo por la muchedumbre de mis maldades. Mas por la mansedumbre que de vos se predica, o buen Jesu, corremos en pós de vos, oyendo que no despreciais los pobres, ni estrañais los peccadores. Acordaos pues, Señor, de vuestras misericordias antiguas, y sanad mi anima: porque vos sois mi salud. O Señora,olved agora los ojos de vuestra misericordia, y socorred à este pobre mendigo, y de todas las cosas necesitado. Porque tanta es, Señor, mi pobreza, que yo de mí no puedo querer el verdadero bien sin vuestro querer: y esso que quiero, no puedo dignamente obrar si vuestra clemencia no me ayuda: y esso que pue-

do obrar no puedo llevar al cabo; si vuestra sabiduria no me alumbrá; y vuestra potencia no me socorre, y vuestra bondad no me esfuerza. O Señor, quién soy yo que presumo hablar con vos, siendo vos aquel Dios grande y verdadero, omnipotente, immenso, eterno, incomprehensible, y admirable à los Angeles? O Señor, oíd mis clamores, mirad mis lagrimas; sentid mis suspiros, y socorred à mi anima. Aquella charidad que os movió à redimirme, os mueva à oírme. No se pierda por mi malicia lo que en mí obró vuestra omnipotencia. Quando no era, vos me hizistes: quando erré, vos me guiastes: quando era ignorante, vos me enseñastes: quando caí, vos me levantastes: quando estuve en pie, vos me tuvistes: quando estuve triste, vos me consolastes: quando para desesperar, vos me esforzástes: quando dormia, vos me guardastes: quando estuve enfermo, vos me curastes: quando vine à vos, benignamente me recibistes. Pues agora que os llamo, oídme, Dios mio. O dulce Señor, no basta que me saneis y me alimpeis, sino venid à mí, y morais en mí para que me guardéis. Por tanto venid à mí, Dios mio: aved piedad de mí, dulce Redemptor mio: tenedme de vuestra mano, dulce esperanza mia: prendedme con vuestro amor, y no me dexéis apartado de vos, fortaleza y salud mia. O vida de mi vida, sin la qual muero; por la qual suspiro. O vida de los que viven, y vida de los que os aman, la necesidad grande que padezco me haze clamar à vos. Venid, Dios mio, venid fortaleza mia, venid única esperanza mia: abrid, Señor, vuestros oídos à mis clamores, y vuestras manos à mis necesidades. O alto y glorioso Señor, no desprecieis lo que criastes à vuestra semejanza, y governais con vuestra providencia, y redemistéis con

vuestra sangre. O dulce Señor mio, dadme ojos para que os conozca: porque el que bien os conoce, os ama: y el que os ama, de sí se olvida, y ama à vos mas que à sí. Y esta es la causa, Señor, porque yo os amo poco: porque os conozco poco. Venid pues à mí, ò mi gran thesoro: venid desco de mi anima: venid fortaleza de mi vida. O fuente de dulzura, manjar del anima, lumbré del entendimiento, alambread, Señor, este ciego, dad de comer à este hambriento, curad este enfermo, vestid este desnudo, visitad este encarcelado, redemid este captivo y siervo de tantos tyrannos, quantas passiones lo tienen cercado, y quantos peccados tiene cometidos. Porque pues vos, Señor, mandastes à los hombres, que son abysmo de miserias, usar desta misericordia; vos, que sois abysmo de misericordia, hazed conmigo lo que nos mandastes hazer con los otros. Que vivís y reynais en los siglos de los siglos. Amen.

CAPITULO XVIII.

Segundo aviso: de la discrecion y templanza que en estos exercicios santos se debe tener.

EL segundo aviso es acerca de la moderacion y templanza que en estos santos exercicios se debe tener: porque ay algunas personas à quien nuestro Señor se comunica con muy larga mano; las cuales de tal manera y tan sin rienda se dán à estos exercicios, continuando mucho la oracion, y entregandose tanto à estos fervores y consolaciones, que vienen à estragar la salud y la complexion, y hazerse inhabiles, assi para estos mismos exercicios, como para todos los demás. Y esto aun acaesce mas vezes, quando con ello se junta descuido y maltratamiento del cuerpo, y demasiada atencion y fuerza en la oracion, por recoger el corazon, y echar fuera las moscas de los vanos pensamientos. Por-

que esta atencion y fuerza quando es demasiada, suele hazer notable daño à la salud. La razon desto es, porque la virtud de nuestra anima es como el agua de una fuente que se reparte por diversos caños: de donde viene à ser, que quanto mas agua imbia por los unos, tanto menos tiene que repartir por los otros. Pues desta manera, si nuestra anima se empleare toda con demasiada atencion en la consideracion y trato de las cosas divinas, no acudirá à la obra de la digestion y gobierno del cuerpo; y con la continuacion desto vendrá à estragarse la complexion. De lo qual Sant Bernardó se quexaba de sí mismo, diciendo que con demasiados rigores de abstinencias avia inhabilitado su cuerpo para no poder servir tan cumplidamente à los officios de la Religión; segun que en su vida se escribe.

Pues por essa razon debe el hombre tener tiento assi en el maltratamiento de su cuerpo, como en la continuacion y vehemencia de sus exercicios; para que de tal manera se entregue à estas visitaciones y consolaciones de nuestro Señor, que tenga respecto al daño que con la demasiada desto puede la naturaleza recibir: la qual quanto mas dá de sí en un officio, tanto menos le queda para los otros. Verdad es que en esto unos han menester freno, y otros espuelas: porque unos son muy mas amigos de sí mismos, y otros menos: y assi cada uno mida esta necesidad conforme à la amistad ò enemistad que se tiene.

Por lo qual es aqui menester mucha consideracion y tiento, porque nadie se engañe consigo mesmo. Y si à alguna parte se uviere de acostar, mas sea contra sí, que por sí. Porque siempre se ha de tener por sospechosa la naturaleza del amor proprio.

Mas aqui se offrece una duda grave acerca de algunas personas à quien nuestro Señor se comunica tan liberalmente, y con tanta abundancia de

esto y CAPITULO XIX.
Tercer aviso: del cuidado que se debe tener de todas las virtudes.

Aunque toda la doctrina deste libro principalmente se ordena al amor de Dios, mas con todo esto no debe el hombre poner los ojos de tal manera en sola esta virtud, que se olvide de las otras: mayormente de los officios que se requieren para servir y proveer à las necesidades de nuestros proximos: porque el que assi no lo haze, ni alcanzará uno ni otro. Porque como la charidad sea Reyna de todas las virtudes, y tenga general señorío y mando sobre ellas (como ya diximos) conviene que todas estén à punto para obedecer à sus mandados. Porque assi como tiene nuestra anima necesidad de los instrumentos y organos de los sentidos y miembros para hazer sus operaciones (porque en vano tendria ella estas habilidades, si no tuviesse organos deputados con que las exercitasse) assi tampoco morará la charidad en el anima, si no estuvieren las otras virtudes; para que quando ella quisiere usar de su imperio y officio, halle las otras virtudes dispuestas para executar sus mandados. En lo qual se ve claro como trabajan de valde los que quieren alcanzar esta virtud sin la ayuda y compañía de las otras; pues esta Señora y Reyna de las virtudes no se halla sin la casa real y servicio de todas ellas, que son como sus oficiales. Assi que, hermano mio, ò lo has de tomar todo, ò dexar todo; porque no se dá lo uno sin lo otro.

Y aunque para esto sea necesario trabajar por todas las virtudes, pero mas particularmente por algunas que parecen entre sí contrarias, aunque realmente no lo son; pero son muy diferentes. Esto declararé por un exemplo. Vemos que entre las sciencias humanas, y aun en una mesma sciencia, ay una parte especulativa, que se orde-

lagrimas y consolaciones, que apenas han levantado el corazon à Dios, quando sus ojos se hazen fuentes de lagrimas, y su corazon como cera blanda, que al fuego deste divino amor se derriete. Porque si estos del todo se entregan à este exercicio, corre el peligro que tenemos dicho, y si por otra parte cierran las puertas à la gracia (mayormente quando ella los previene y los busca sin ser buscada) parece que resisten al Spiritu Sancto, y al esposo celestial que los llama. Pues en este caso qué se hará? A esto responde Sant Buenaventura en un tratado que escribió de la perfeccion à una hermana suya, con grandes salvas, diciendo que en este caso le parece que el hombre debe con humildad y discrecion divertirse algun tanto destas sanctas consideraciones y exercicios, y comer deste maná celestial por tasa y por medida, por no destruir la naturaleza. Porque mas vale gozar de Dios à la larga, aunque sea menos, que gozar agora mucho, y despues perderlo todo. Cá muchos (dice él) avemos visto que por no aver tenido esta moderacion, vinieron à estragar la complexion de tal manera, que ni les quedó cabeza ni estomago para nada. Los quales vinieron despues à amarse mucho, y à procurar con demasiado estudio la salud que mal guardaron: por donde vinieron despues à vivir no solo mas delicadamente, sino mas dissolutamente. Esto dice Sant Buenaventura: y esto basta para esta materia. Por la qual entenderá el hombre que como ay gula corporal, assi ay gula espiritual: y que tambien puede aver peligro y demasia en la una como en la otra; aunque el peligro sea muy desigual.

na à solo saber y especular: y otra práctica, que se ordena à solo obrar: las quales son tan diferentes entre sí, que pocas veces se halla un mismo letrado diestro en ambas estas facultades sino que los que son eminentes en la una, no lo son todas veces en la otra. Pues assi tambien entre las virtudes, unas ay mas vecinas à la vida contemplativa: como son, leer, orar, y meditar, &c. otras mas à la vida activa: como son todas las obras de misericordia: las quales virtudes, aunque no sean entre sí contrarias (porque assi como una verdad no puede ser contraria à otra verdad, assi tampoco una virtud à otra virtud) mas todavia son tan diferentes entre sí, por ser las unas mas espirituales, y las otras mas corporales: las unas como especulativas, y las otras como prácticas; que pocas veces se hallan personas que sean eminentes en las unas y en las otras. Lo qual afirma con otros muchos Doctores Sant Gregorio, diciendo que pocos son los que se hallan como aquel Capitan llamado Ahoth de quien dice la Escritura que jugaba de ambas las manos igualmente, assi de la siniestra como de la diestra: lo qual nos representa que pocas veces se halla un hombre perfecto y diestro en las obras de ambas vidas, activa y contemplativa, por la distancia que ay de las unas à las otras. Por donde los que son muy dados à las unas, no acuden tan bien à las otras. Porque los que siguiendo la vida contemplativa andan siempre como aguilas volando por lo alto, y tratando con Dios, con pesadumbre decien den à tratar en las baxezas de los hombres: y por el contrario los que están acostumbrados y habituados à estas, hallan muy dificultoso el recogimiento del corazon y subida à las otras.

Pues el que desea hazer enteramente lo que debe, y ser perfecto siervo de Dios, y tener mas cuenta con la divina

voluntad que con su propria consolacion, para todo esto ha de estar aparejado, diciendo con el Psalmista: (a) Aparejado está mi corazon, Señor: aparejado está mi corazon: conviene saber, aparejado à volar por el cielo, y aparejado à andar por los agujeros de la tierra: aparejado para reposar con vos, y aparejado para trabajar con el proximo: aparejado para gozar de vuestras consolaciones, y aparejado à llorar las miserias de mis hermanos: aparejado finalmente para el ocio de la charidad, y aparejado tambien para los negocios que pide la necesidad de la charidad. Assi pues ha de estar aparejado para todo, de tal modo que aunque esté arrebataado sobre los cielos, debe de baxar de af quando supiere que padescen trabajos sus hermanos, y darselos benignamente los oídos, y ayudarlos en todo lo que puidere: no mirando à ellos en ellos, sino considerando à Dios en ellos, por quien haze lo que haze: conociendo que aunque pierda en esto sus gustos, no por esso pierde à Dios; sino que dexa à Dios por Dios. Y acabada esta obra, torne adonde antes estaba, y prosiga lo que hazia como si nunca lo uviera interrumpido. Desta manera he visto yo algunas personas, y especialmente me acuerdo de un Religioso lego, el qual tenia el servicio de todo un monasterio à su cargo, y no paraba un punto dende la mañana hasta la noche, acudiendo à todos los negocios de casa con todo cuidado y silencio: y acabado el trabajo continuo del dia, assi acudia à prima noche, y à la madrugada à su oracion tan profunda y tan proliza, como si todo el dia estuviera aparejandose para ella. Desta manera pues debe el siervo de Dios ser como un caballo rebuelto, que sepa ir, y sepa tornar, como se escribe de aquellos sanctos animales de Ezechiél, que llevaban el carro de Dios: (b) los quales iban y bol-

vian tan ligeros como relampagos. Assi pues debe el siervo de Dios acudir à los proximos, y bolver con presteza à Dios: esto es, à las obras de la vida activa y à los exercicios de la contemplativa.

Mas entre todas estas virtudes particularmente se debe procurar la prudencia y discrecion, como guia y lumbré de las otras virtudes, y como hermana y compañera de la perfecta charidad. Porque de la charidad nasce el fervor de espíritu, y el zelo de la honra de Dios: las quales virtudes tienen necesidad del freno de la discrecion: mayormente el fervor, que sin ella no seria fervor, sino furor: y por esso tiene necesidad esta virtud de tener à su lado estos ojos y este perpetuo correctivo que la modere y gobierne. Porque por esso en la orden de aquella Hierarchia celestial, despues de los Seraphines (en quien resplandescé la charidad) están luego los Cherubines, en quien mora la sabiduría de Dios; para que por aqui se vea quàn vecinas y hermanadas han de estar entre sí estas dos virtudes, por la necesidad que la una tiene de la otra. Préciessé pues el amor de Dios mucho desta virtud, y ninguna cosa tenga por conveniente para la charidad, que sea contraria à la discrecion. Esta resplandezca en sus palabras, en sus obras, en sus respuestas, en sus movimientos, en sus propositos, y en consejos, y en todo lo demás; para que ella dé luz à todas sus obras: y acuerdese del testimonio que el bienaventurado Sant Antonio dió desta virtud, tratando della en un ayuntamiento con aquellos Padres del yermo; la qual puso en la cabecera de otras muchas virtudes,

Quarto aviso: de la fortaleza y diligencia que se requiere para alcanzar el amor de Dios.

Dice el Salvador en el Evangelio, que el que ha de edificar una torre, primero mira la calidad del edificio que quiere hazer, para que conforme à esso apareje el caudal y los materiales que para él se requieren: y el Rey otrosí que quiere dár batalla à otro Rey, primero procura saber las fuerzas y potencia de su contrario, para vér las que él ha menester para rendirlo. Y generalmente quien quiera que ha de hazer alguna cosa grande, primero mide y tantea la grandeza della, para que conforme à esto se apareje. Assi tambien el caminante que quiere saltar algun grande arroyo, primero mira la grandeza dél, para que conforme à esto tome la corrida y el aliento con que lo ha de saltar. Todas estas comparaciones arman à nuestro proposito. Porque aqui primeramente pretendemos edificar una torre que llegue hasta el cielo: que es el amor puro de Dios: el qual nõ busca mas que à solo Dios, y en él solo reposa. Aqui tambien pretendemos dár una batalla campal contra todo el reyno del amor proprio, para que vencido él, reyne el amor de Dios. Aqui tambien intentamos dár un salto, el mayor de quantos se pueden dár: que es deste amor proprio hasta el amor divino: que son dos extremos mas distantes y contrarios entre sí que los dos polos del mundo. Pues quien tan gran salto ha de dár, bien se ve quàn de leños ha de tomar la corrida, y con quàn to aliento y fortaleza se ha de aparejar para esta empresa.

Para cuyo entendimiento es de saber que el estado en que el hombre quedó por el peccado, es como el de un reyno en que uviesse dos Reyes, uno legitimo y natural, el qual es-

(a) Psal. 107. (b) Ezech. 1. & 10.

tuviese desarmado y arrinconado con solos sus criados: y el otro tyranno y usurpador de lo ageno, el qual estuviere con un gran exercito apoderado del reyno y de todas las fuerzas dél. En este caso, quien quisiere restituir este Rey natural, tiene necesidad de dos trabajos: el uno, de armar y reforzar à éste que está flaco y desarmado: y el otro de desarmar y enflaquecer al enemigo, para que no prevalezca contra éste. Porque à ser las fuerzas y las lanzas iguales, facil cosa fuera con pequeño socorro acostarse à la una parte, y prevalescer contra la otra. Lo qual no ha lugar aqui por la desigualdad de las partes.

Pues en este estado quedó el hombre miserable por el peccado: porque donde antes el espíritu, que es el legitimo y natural Señor, estaba tan poderoso, y el cuerpo con todos sus sentidos muy sujeto y obediente, agora bolvióse el negocio al revés: porque el espíritu está del todo debilitado y tyrannizado: y el tyranno, que es el cuerpo, está tan poderoso con tan fuertes appetitos y passiones, que no hay en el mundo cosa que pueda contrar él. Lo qual nos representa muy al vivo aquel furioso endemoniado del Evangelio que atado fuertemente de pies y manos con cadenas, todo lo hazia pedazos, y se soltaba, sin aver cosa que pudiesse con él. Porque, qué leyes, qué obligaciones, qué vinculos bastan para prender las passiones y deseos de nuestro appetito, y hazerlo estar à raya? Ni quantas leyes Dios ordenó, ni quantas promessas y amenazas le añadió, ni quantos diluvios y tempestades imbió, bastaron para enfrenar este tyranno, hasta que el mesmo Hijo de Dios le prendió y enclavó consigo en la cruz.

Mas por el contrario, los deseos y affectos que nuestro espíritu tiene, qué flacos y qué débiles son? Y teniendo estos deseos por materia los bienes es-

pirituales y celestiales, merecedores de ser deseados y procurados con tan grande agonía qué grandes ellos son; con qué tibieza los deseamos? con qué pereza los procuramos? con qué pesadumbre nos movemos à ellos? y qué poco es lo que ponemos de nuestra casa por ellos; dando tantas bueltas, y corriendo tantos mundos, y tragando tantos peligros y trabajos por qualquier de los otros bienes temporales?

En lo qual se vé claro qué desiguales están las lanzas y los poderes de estos señores, aunque el uno sea natural, y el otro tyranno: porque los appetitos y deseos del uno son como de un hombre sano y muy sano; y los del otro son como de doliente, y tan doliente que apenas puede sacar la voz del pecho, y que apenas puede dar por sí un passo. Si no dime: qué mayor flaqueza que no poder dignamente invocar el nombre de Jesus, ni tener un santo pensamiento; sino con especial ayuda del Espíritu Santo? Pues en esta tan grande pobreza y necesidad está nuestro espíritu. Y si aun quieres ver esto mas palpablemente, haz que se propongan dos objectos à estos dos appetitos delante, uno de carne y otro de espíritu: mira de la manera que arde el appetito sensual, cobdiciando el que es de carne; y qué elado está el appetito racional, deseando el que es espíritu, y por aqui verás claramente la desigualdad de ambos. Pues estando el hombre en tal disposicion, y aviendo nascido y criadose toda la vida en esta exempcion y soltura; qué virtud será menester para bolvér este negocio al rebés, y hazer que el appetito sensual esté como elado y muerto para todas las cosas que antes apetecia: y por el contrario, el appetito racional arda con el deseo de las cosas para que antes estaba muerto y elado? Pues por aqui se ve claro la dificultad grande que ay en este nego-

go-

gocio. Porque no basta para restituir al hombre fortalecer los deseos del espíritu, si no enflaquecemos tambien los de la carne: de tal manera, que todos los deseos y movimientos que nuestro espíritu ha de tener para las cosas espirituales sean vehemētissimos; y los que nuestra carne tuviere para las cosas corporales sean debilissimos y casi ningunos. Pues quién será poderoso para hazer estas dos mudanzas tan grandes? quién hará deste flaco fuerte, y deste tan fuerte flaco? quién debilitará la potencia de la carne, siendo ella tan poderosa? y quién esforzará la parte del espíritu, siendo ella tan flaca? quién templará los fuegos del estío, y hará como un rocio de frescura las llamas del horno de Babilonia, y dará calor à las nieves del invierno?

Quién podrá hazer que el fuego enfrie, y la nieve caliente; ó que el fuego decienda para baxo, y la tierra suba para arriba? Verdaderamente nadie puede hazer esto sino Dios: ni tan poco estas dos mudanzas de que hablamos puede hazer otro sino él. El solo puede disminuir la potencia de nuestra carne, y esforzar la flaqueza de nuestro espíritu, y quitar el sceptro de las manos al amor proprio, y entrégarlo en poder del amor de Dios; para que assi se deshaga la comun injuria y tyrannia de la naturaleza humana, mandando quien ha de mandar, y sirviendo quien ha de servir.

Mas aunque esta sea obra de Dios, no dexa de ser esta empresa de grande dificultad para el hombre; pues en él se han de hazer estas dos mudanzas de ambas naturalezas tan distintas entre sí, como son carne y espíritu. La qual acrecienta aun mas la antigüedad de nuestra malicia. Porque en cierta manera se puede con verdad decir que es mas antigua que el mesmo hombre: porque el hombre no es hombre hasta que se le infunde el animo racional; mas la

semilla desta malicia ya está en la mesma carne del hombre; antes que esta anima se le infunda: por razon de la qual se contrabe el peccado original, que es autor de todos estos males. Porque deste peccado procede nacer el hombre bueltas las espaldas à Dios, y convertido à sí mesmo, amandose desordenadamente à sí mas que à Dios. Pues siendo esto assi, quién podrá curar males tan antiguos? quién podrá echar de su possession tan antiguos poseedores? quién podrá despedir de las entrañas del hombre lo que tiene origen primero que la mesma naturaleza perfecta del hombre?

Item mas cierto es que entre las cosas naturales la mas natural es amar el hombre à sí mesmo, y buscar lo que le cumple, y huir lo contrario, como dice Tullio. (a) Pues entre las passiones naturales del hombre, assi como esta es la primera, assi es la fuente de todas las otras. Por lo qual se compara con ellas, como el corazon con los otros miembros del cuerpo: que es el que primero vive, y à la postre muere; porque todos los otros miembros reciben vida dél: y assi el amor proprio es la passion que primero vive, y la que à la postre muere; porque todas las otras passiones nascen della, y reciben vida della.

Y esto es aun lo que haze mas dificultoso este negocio. Porque como este amor tiene tantas raizes quantas maneras de bienes desea: ya se ve qué dificultoso será arrancar un arbol que con tantas raizes está preso, pues es necesario que se corten todas para arrancarlo: porque una sola que quede por cortar, basta para sostenerlo. Y assi avemos visto algunas personas, que despedido de su corazon el amor de todas las cosas del mundo, solo el amor demasiado que les quedó de su proprio cuerpo, fue causa que les quedasse todavia en casa el amor

pro-

(a) Tullio de Offi. iii.

proprio, y les hiziesse mucho daño. Mas dirás: Quién tendrá brazo para arrancar tantas raizes? para cortar tantas cabezas? para pelear con tantos enemigos? para vencer la mayor fuerza de naturaleza, y desterrar del seno de nuestro corazon las afficiones y deseos que nascieron con él? mayormente que estos son tantos quantos son los bienes que se suelen desear; que son casi innumerables. Pues quién será poderoso para hazer un tan general divorcio; de tantos amores? porque para esto no basta un solo divorcio, ni una sola muerte, ni una sola cruz: mas antes son menester tantas cruces quantas son las cosas que deseamos, si desordenadamente las deseamos; porque cada uno destes deseos ha de ser por sí preso y enclavado en su propia cruz. Pues quién podrá hacer tantas justicias, y mas contra tan grandes amigos? Porque qué criatura ay que no ame à sí mesma? qué criado ay mas vivo que el que tienen todas las cosas de su provecho? y qué habilidad de instrumento les dió la naturaleza para ello, sino este tan grande y tan vehemente amor? Pues quién tendrá brazo para vencer la más poderosa de todas nuestras afficiones; especialmente estando ella tan confirmada y arraigada con el uso de toda la vida? Porque apenas damos passo, ni ponemos mano en cosa que no sea obra del amor proprio. Por donde assi como el amor de Dios con ningunas obras cresce mas que con las suyas proprias, assi tambien lo haze este amor. Pues segun esto, cuánta fuerza será menester para arrancar un clavo hincado en el corazon con tantas martilladas, quantas obras de amor proprio se han hecho en toda la vida? Todo esto abiertamente nos declara quán grande sea esta batalla: pues el enemigo por una parte es tan poderoso, y por otra tan querido: y es dura cosa tomar armas contra quien bien quereis, y cuyas heridas no menos duelen al que

las dá, que al que las recibe. No es esto vencer al mundo, sino vencer las estrellas del cielo; y enseñorearse, y poner debaxo de los pies todas las leyes de la naturaleza corrupta. Porque como el mayor poder que ella tiene, y la inclinacion mas fuerte que puso en todas las criaturas es amar à sí mesma: moderar esta affection es obra de grande dificultad. Y si vencer una sola passion dice el Sabio (a) que es mayor victoria que conquistar una ciudad; qué será vencer una passion de donde nascen todas las otras passiones? Si tan buen brazo es menester para quebrar una sola rama deste árbol; qué será menester para quebrar el mismo tronco del árbol? Si tanto es vencer un enemigo destes (que es una destas passiones) qué será vencer todo el exercito dellas, que dentro deste amor proprio está encerrado? No se puede luego negar, sino que esta es una de las mayores batallas que ay: y por esso tal conuiche que sea el animo con que ayembos de entrar en ella, qual ella es. **II.** He dicho esto tan por extenso para desengañar à muchos de los que desean el amor de Dios: que no mirando mas que la sonada y dulzura deste nombre, les parece que tal será el camino qual es el termino del camino: y que assi todo será dulzura y suavidad. Y con esto no se arman ni aperiben con aquel brio y aliento que requiere este salto tan grande. Por donde vienen despues à faltar à medio camino, porque no lo acometieron con el esfuerzo que era razon. Los tales pues deben desengañarse y entender que aunque el puerto es muy agradable, la navegacion es trabajosa: quiero decir, que aunque el amor de Dios de sí sea muy suave, el camino para él no dexa de ser trabajoso: pues ay en él estas dos dif-

difficultades que diximos: la una debilitar la potencia de la carne: y la otra fortalecer la flaqueza del espiritu: la una desterrar la demasia del amor proprio, y la otra introducir el amor divino. De los cuales como el uno sea tan natural y el otro tan sobrenatural, no sé qual sea mas dificultoso; ò vencer lo que tanto la naturaleza ayuda; ò alcanzar lo que tanto la naturaleza sobrepuja.

Por tanto el que desea llegar al cabo con esta empresa tan gloriosa, debe acometerla por una parte con grande humildad y confianza (como ya diximos) y por otra con grande diligencia y fortaleza, y con determinacion de no holgar, ni descansar, ni dár sueño à sus ojos hasta vér el cabo della. Y tenga por cierto que assi como no será coronado sino el que legitimamente pelear, assi no alcanzará la corona del amor de Dios, si no uviere destruido el reyno del amor proprio. No se dió à los hijos de Israel el maná del cielo hasta que se les acabó la harina de Egypto: ni à nadie se dará la suavidad del amor divino, sino al que uviere despedido de sí los regalos del amor mundano. Lo uno y lo otro significó el Propheta Isaías en pocas palabras, quando hablando de cada una de las animas, dice: (a) Sacudete del polvo, levántate, y assientate, Hierusalém: quita las prisiones de tu cuello, captiva hija de Sion. En las quales palabras dá à entender el Propheta, que primero es menester sacudir de sí el polvo de las cosas terrenas, y quitar de encima del cuello las cadenas de las afficiones mundanas: y desta manera nos podremos levantar sin impedimento à la contemplacion de las cosas divinas, y assentarnos en el reposo y holganza dellas. Desta manera pues, hermano mio, se alcanza con los trabajos el descanso, con las batallas la corona, con las lagrimas el alegría, con la victoria la libertad, y con el perfecto amor de

Dios el desprecio y odio sancto de sí mesmo.

Y puedes tener por cierto que no solo para este intento principal, mas para todos los medios que para él se requieren es tan necessaria esta fortaleza y diligencia, que ni un solo paso se puede dar en este camino, para que no sea esto necessario. Porque los medios que para esto sirven son los exercicios de las virtudes: y como en todas ellas aya dificultad y trabajo, para todas es necessaria fortaleza, vencedora de los trabajos.

Por tanto haga cuenta el hombre que le dice Dios, como à otro Moysen: (b) Toma esta vara en la mano, con la qual has de hazer todas las señales que fueren necessarias para sacar à mi pueblo de Egypto, y llevarlo à la tierra de promission. Pues assi tambien tome él esta vara de virtud y fortaleza en las manos, y nunca la suelte dellas: porque con esta ha de obrar todo lo que fuere necessario: para salir del reyno del amor proprio, y llegar al reyno del amor de Dios. Esta es una sentencia que à cada passo repite Salomón en sus Proverbios: en los quales tira siempre saetas al pe rezoso, y alaba al esforzado y diligente.

Y si preguntares, Cómo podré yo vencer tan grandes difficultades como aqui se han propuesto? A esto te respondo que esse mesmo amor de Dios que buscas te irá poco à poco ayudando: segun que arriba lo declaramos y probamos con exemplos.

Al fin deste capitulo quiero advertir que cómo sea verdad que la charidad con ningunas obras crezca mas que con las suyas proprias (como ya está dicho) porque estas son las mas excellentes y mas meritorias; pero con esto se debe notar que entre estas obras de amor aquellas sirven mas para este proposito, que son mas fervorosas y mas perfectas. En lo qual se verá quan-

(a) Prov. 26. (b)

(a) Isai. 52. (b) Exod. 4.

to hazé al caso servir à Dios con fervor de espíritu, como lo hazen los esforzados y diligentes: y no con floxedad y tibieza; como lo hazen los regalados y perezosos. Por lo qual dixo Salomón: (a) El camino de los perezosos es como quien anda sobre espinas: mas el de los justos es llano y sin ningún barranco. Dando à entender que los perezosos como son tan enemigos de trabajos, quan amigos de sí mismos, siempre andan hurtandoles el cuerpo, y rezelando si les hará daño esto, si lo otro: y assi andan como quien vá sobre espinas, mirando con atencion donde ponen los pies por no espinarse: mas los justos, como no tienen tanta cuenta consigo sino con Dios, passan ligeramente por estos inconvenientes, por hazer su sancta voluntad. En lo qual parece claro como la dificultad de los caminos no la hazen tanto los caminos, quanto la promptitud ò negligencia de los animos.

CAPITULO XXI.

Quinto aviso: de la virtud de la perseverancia.

EL postre aviso es de la virtud de la perseverancia: la qual como sea un singular dón de Dios, que no cae debaxo de merecimiento, y sea necessaria para todo lo bueno, señaladamente lo es para conservar y acrescentar en nuestros corazones este divino amor, hasta llegar à su debida perfeccion. Porque assi vemos generalmente que todas las cosas à la larga llegan à su deseado fin. Assi hinche la hormiga su granero en el tiempo del verano, llevando grano à grano su provision. Assi acaba el araña la tela que hazé para cazar, añadiendo un hilo à otro. Assi hinche la abeja su colmena de cera y miel, andando de flor en flor, cogiendo lo uno y lo otro: y assi fi-

nalmente teje el avezica su nido en lo secreto del arbol, juntando una pajita con otra. De suerte que aunque los materiales sean pequeños, la continuacion y perseverancia porfiada hazé que se dé cabo à la obra.

Pues desta manera el deseo del amor de Dios ha de andar siempre trabajando por acrescentarlo, añadiendo à cada passo fuego à fuego, amor à amor, devocion à devocion, y virtud à virtud: para que con estos continuos acrescentamientos vaya siempre en crecimiento lo que desea. Por donde assi como los que andan cevados en ajuntar algun thesoro, de todas las cosas toman ocasion para acrescentarlo, y todo quanto hallan luego lo llevan à su alcancia: yá el real, yá el medio, yá el ducado (porque todo les sirve para hazer el monton mayor) assi tambien lo debe hazer el amador de Dios, tomando ocasion todas horas de todas las cosas que ay en el mundo, para levantar su corazon à Dios, y acrescentar el thesoro de su amor: el qual assi cresce con estos sanctos movimientos, como el thesoro con qualquier pieza que le acrescentan. Todas las cosas perfectas y acabadas que en este mundo viere, sirvanle de espejo para vér en ellas la hermosura de Dios: y todas las feas y abominables, para vér la fealdad del pecado. Todos los bienes que ay en el mundo tome por beneficios de Dios; pues en todos ellos tiene su parte, y no menos todos quantos males ay en él; pues en todos ellos pudiera él caer, si no fuera por él. Desta manera el sol, la luna, las estrellas, los campos, los montes, los valles, los rios, las fuentes, la mar, la tierra, las flores, las aves, los arboles, el dia claro, y la noche serena y sossegada le darán motivo para alabar à Dios, y para vér en todas las cosas algun rastro dél. Sobre todo esto podrán despertar su corazon las cerimonias sagradas,

los

los officios divinos, y las dulces voces y cantos de la Iglesia, que suavemente suenan: como Sant Augustin escribe, (a) que al principio de su conversion le movian grandemente. Todas estas cosas le han de ser estímulos para ir à Dios, espejos en que vea su hermosura, libros en que lea su sabiduria, y predicadores que le enseñen el camino del cielo, y despertadores que le abran los ojos, y le hagan acordarse de Dios.

Y aunque muchas vezes levantando el corazon à lo alto, no sienta en su anima aquel calor y devocion que desea, no por esso piense que carece de fruto lo que no se siente: porque muchas vezes son estos aprovechamientos secretos è invisibles à los ojos de los hombres; aunque no à los de Dios. Mas antes assi como el arbol cresce sin que nadie le sienta crescer, assi el hombre aprovecha con todos estos sanctos movimientos, sin que él sienta su aprovechamiento. Porque ninguno dellos ay con que no se merezca gracia y gloria, y con que no se haga alguna impresion en nuestra voluntad, inclinandola à lo bueno, y ablandandola, y disponiendola para el amor de Dios. Por lo qual dicen los Doctores que assi como los tiros de artilleria que baten un muro, aunque no dén con él en tierra, todavia lo atormentan y disponen para que los postreros lo derriben: y assi mesmo cada gota de agua que cae sobre una piedra, aunque no basta para cabarla, basta para que las otras la caen, que caen despues della: assi tambien todos estos pensamientos y deseos, à lo menos sirven para ablandar nuestro corazon, y disponerlo para cosas mayores.

Y si me preguntares en qué género de cosas principalmente se debe tener esta perseverancia; à esto respondo que en todas quantas hasta aqui ayamos dicho en este Tratado; porque todas à una sirven à este proposito: pero

Tom. III.

señaladamente en tres. La primera en la guarda de sí mesmo: que es andar con una perpetua atencion y cuidado, mirandose à las manos, para no desmandarse en palabras, ni obras, ni pensamientos, ni en cosa que discrepe de la voluntad de Dios. La segunda en andar en la presencia de Dios, trayendole siempre ante los ojos presente, y levantando las mas vezes que pudiere el corazon à él con toda la humildad y reverencia, y con breves oraciones y movimientos de amor. La tercera en tener sus tiempos ordenados para sus exercicios y oraciones, à la mañana, ò à la noche, ò à medio dia, ò en todos estos tiempos: trabajando por no cortar este hilo, ni faltar en este ordinario; si no fuere en caso de obediencia, ò de alguna otra obligacion semejante.

De como el siervo de Dios ha de perseverar en los buenos exercicios, aunque no sienta gusto ni devocion.

Y aunque muchas vezes en esto no sienta gusto, ni devocion; sino guerra de pensamientos, ni por esso debe desistir de su exercicio; sino hazer esso que buenamente pudiere, batallando con sus pensamientos, y llamando humildemente al Señor. Y crea que esta batalla le será materia de una gran corón; y aunque él no sienta aqui provecho, no por esso dexa de aprovechar; y por ventura tanto mas seguramente, quanto él menos lo siente. Acuerdese que la porfia de la oracion (en la qual con ardientes deseos pedimos mercedes à Dios) es figurada por aquella lucha del Patriarcha Jacob para que este vocablo de lucha nos dé à entender la batalla que alli se passa muchas vezes, por una parte perseverando, y porfiando con Dios, para

Tt

que

(a) Prov. 25. 11. (a)

(a) Lib. 9. Conf. c. 6.